

PALENQUE, CHIAPAS
REVISTA MENSUAL
NOVIEMBRE 2022
NÚMERO 52 ECOLOGÍA
CULTURA - POLÍTICA
TURISMO - SOCIEDAD



Desde las tierras de Pakal

MARTHA ROBLES *De la Memoria y la Carta de un Difunto* DAVID MARTÍN DEL CAMPO
Pueblo uniformado ELVIRA GARCÍA Miguel López Azuara: *El periodismo en la piel* SARIEGO
VEGA *Artistas plásticos de Ocosingo: Ulay: El Maestro Pintor y La Rebeldía del Corazón*
J. C. DE LA CRUZ *Una Aparición en Día de Muertos* ALFONSO NAVER *Plumas Literarias:*
Francisca y la Muerte por Onelio Jorge Cardoso, El Día de Muertos por Ray Bradbury

www.revistaescribas.com.mx



DESCUBRE PALENQUE

CON LA MEJOR ATENCIÓN, EL MEJOR SERVICIO
Y LA MEJOR UBICACIÓN



MERLE GREENE Y AV. JUÁREZ NO. 1
LA CAÑADA PALENQUE, CHIAPAS. CP. 29960
FRENTE A LA CABEZA MAYA

RESERVACIONES: 916-345-0780 Y 916-102-1532
reservacionhmp@gmail.com / mayapalenque@hotmail.com





CARLOS MORELOS RINDIÓ SU PRIMER INFORME LEGISLATIVO



El diputado local del IX Distrito, Carlos Morelos Rodríguez, a través de las redes sociales, rindió su Primer Informe de Actividades Legislativas. De su recuento, destaca: El haber participado en el congreso chiapaneco en tres sesiones solemnes, una sesión extraordinaria y 47 sesiones ordinarias donde se discutió y aprobó el presupuesto anual del estado y las debidas legislaciones en diversas iniciativas para el desarrollo de la entidad y el bienestar de las familias chiapanecas. Estuvo presente en las reuniones de la Comisión de trabajo y Previsión Social, de la que es Presidente; y participó en reuniones de las comisiones de Agricultura, como Vicepresidente; en la de Vigilancia, como Secretario y en su calidad de Vocal estuvo en las comisiones de Asuntos Religiosos, Desarrollo Urbano y Obras Públicas, Seguridad Pública y en la de Vivienda. En su oficina de enlace legislativo, con sede en Palenque, Morelos Rodríguez atendió a 2985 personas, pertenecientes a los 4 municipios que representa en el congreso del estado, durante este año. Asimismo, acompañó a autoridades municipales, líderes

de organizaciones y autoridades ejidales en gestorías ante las instancias correspondientes del gobierno del estado y de la federación. Por otra parte, el legislador palenquero acompañó al mandatario estatal Rutilio Escandón Cadenas en eventos protocolarios de cultura, educación, entrega de obras de impacto, programas de salud e impulso a la seguridad pública. Para Carlos Morelos es de esencial interés mantener comunicación con todos y de manera conjunta tocar puertas y dar seguimiento a sus demandas, ya que cada logro obtenido se comparte con la sociedad y generar soluciones con el trabajo coordinado que se mantiene con las instancias gubernamentales competentes. El legislador del IX Distrito Local reiteró su compromiso de impulsar en el congreso los rubros de educación, salud, seguridad, deporte, empleo, obras de infraestructura social, apoyos a municipios y desarrollo económico durante el periodo recién iniciado y siendo testigos de los logros y beneficios que entrega el gobernador del estado en del doctor Rutilio Escandón Cadenas en cada municipio de nuestra entidad.



Ingresa a todos
nuestros
contenidos
en línea:



2022

NOVIEMBRE

Escribas

EDITOR
IGNACIO

VERÁSTEGUI ALFONSO

DIRECTOR
JUAN PABLO

VERÁSTEGUI GARCÍA

www.revistaescribas.com.mx

<https://web.facebook.com/RevistaEscribas>

<https://twitter.com/RevistaEscribas>

Portada:
El ritual del baalche' (ofrenda)
Pintura al óleo por
José Domingo Ruiz "Ulay"



La elite de la ciudad se prepara para una danza.
Justin Kerr K0534 <http://research.mayavase.com/kerrmaya.html>



CONTENIDO

05

De la Memoria y la Carta de un Difunto
MARTHA ROBLES

11

Miguel López Azuara: El periodismo en la piel
ELVIRA GARCÍA

18

Una Aparición en Día de Muertos
J. C. DE LA CRUZ

08

Pueblo uniformado
DAVID MARTÍN DEL CAMPO

14

Ulay: El Maestro Pintor y La Rebelión del Corazón
SARIEGO VEGA

21

Plumas Literarias:
Francisca y la Muerte por Onelio
Jorge Cardoso, El Día de Muertos por Ray Bradbury
ALFONSO NAVER

Calendario Maya: Noviembre día primero 2022. Fecha de Cuenta Larga 13.0.10.0.2 13 baktún 13 X 144.000 días = 1.872.000 días 0 katún 0 X 7.200 días = 0 días 10 tun 10 X 360 días = 3.600 días 0 uinal 0 X 20 días = 0 días 2 k'in 2 X 1 día = 2 días Fecha del Tzolk'in: 5 Ik' Fecha del Haab: 15 Sak' Señor de la Noche: G2. Cualquier día en el calendario gregoriano se puede convertir en uno correspondiente al sistema de calendario maya. Un día, mes y año en particular se puede expresar en una fecha del calendario de Cuenta Larga usando las unidades de tiempo baktún, katún, tun, uinal y k'in junto con las fechas de los calendarios Haab y Tzolk'in. Para mayor información visite Smithsonian Museo Nacional del Indígena Americano en:

<https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/convertidor-de-calendario-maya>

Las opiniones expresadas por los articulistas son independientes y no reflejan necesariamente el punto de vista de Escribas.

Escribas, Desde las tierras de Pakal, es una revista de publicación mensual. Noviembre 2022 No. 52 Versión digital disponible www.revistaescribas.com.mx, Editor responsable Ignacio Verástegui Alfonso. Marca con registro ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Registro en trámite ante el Instituto Nacional de Derecho de Autor. (ISSN) Domicilio: Nicolas Bravo No. 77 Centro Palenque, Chiapas C.P. 29960. Teléfono 9163480856. Ilustración superior basada en un detalle de la escena de La vasija de Princeton -EL conejo escriba- Mas información en: <http://artmuseum.princeton.edu/collections/objects/32221>



DE LA MEMORIA Y LA CARTA DE UN DIFUNTO



MARTHA ROBLES

Nació en Guadalajara, Jalisco. Autora de ensayos, novelas, cuentos y prosas. Licenciada con Mención Honorífica en Sociología por la UNAM; Especializada en Desarrollo Social Urbano por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda; Maestra en Letras Hispánicas con Mención Honorífica y Medalla Gabino Barreda por la UNAM. Su página digital es: martharobles.com

A veces dejo papeles en los libros y no se diga entre las páginas del diario. De repente regresan, por sabe cuál misterioso azar: ocasión casi mágica para volver al tema de la memoria y medir distancias recorridas. Al encontrar una larga carta de un acosador que -a mis veintipocos de edad- se tomaba la molestia de prevenirme sobre “los peligros del feminismo exagerado”, advertí que uno era el Fulano que yo recordaba como profesor y otro el que a su pesar se retrataba en la escritura.

Autoproclamado defensor “del mejor socialismo”, se dijo “preocupado” porque advirtió en mí “una inclinación anarquista” de la que él me iba a salvar. Hombre de buena fe, entre revelaciones que aún me parecen ridículas y anticipadas de la 4t, insistía en “orientarme” para que a mi regreso a México “no fuera a caer bajo la influencia de falsos pensadores”.



Aprendí que en cada fanático de la izquierda habita un conservador domiciliario, temible y violento. No he conocido un ejemplo del revés; es decir, que un conservador confeso sea marxista o sus derivados en casa. Quizá del personal de derechas sabemos de antemano lo que es y lo que podemos o no esperar, a condición de no toparse con fundamentalistas, que nunca faltan. Estúdiense en cambio a los “memorables” miembros del extinto Partido Comunista no solo de México, sino de los ya publicitados de Francia o de cualquier país al azar, y a puños lloverán testimonios sobre la intolerancia pura y dura de la que José Revueltas, por ejemplo, fue una de las mayores víctimas: nada que envidiar a los inquisidores y nada que salve a los “herederos” y ahora defensores de nuevos y viejos totalitarismos. Válido para todo tiempo y lugar, fundamentalismos e ideologías son idénticas armas de destrucción y hay que evitarlas por todos los medios.

Como si me importara, el autor de la carta en más de una ocasión escribió que no pertenecía a ningún partido, pero que ni al caminar “elegiría dar vuelta a la derecha”. ¡Vaya! Ganas me dieron

de responderle solo para preguntarle si tal bobera era un mérito, pero metí la misiva al libro en turno y allí se quedó hasta ahora, décadas después. En los últimos días, sin embargo, esas dos hojas me han llevado a cabilar sobre el pasado. Y es que la memoria, que tanto me ha fascinado, es un viaje a los orígenes y un estado del espíritu que dan sentido a nuestras vidas. Cualquier recuerdo -en este caso asido a una carta-, se abre en senderos que nos invitan a transitarlos. Éste remontó experiencias dentro y fuera de la UNAM, decisivas en la mujer de hoy. Papel en mano, el relato de mi memoria agregaba recuerdos reales o no tan verídicos, pero con la intensidad suficiente para enriquecer mi narrativa interior. No por nada sabemos que la memoria es una gran inventora: una chapucera que nos hace creer que lo ordinario es extraordinario y que nuestra visión del mundo, de los otros y de una misma es la que “sabe” que lo que es es como nos lo cuenta esta fabricante de recuerdos. La “otra memoria” es la documental que, cuando apoyada en la escritura, muestra un solo lado, aunque nos empeñemos en acomodarla con interpretaciones al gusto. Así que remonté el pasado con dos versiones de un episodio que, más allá de esta misiva/llave, intervendría de maneras distintas en mi destino.

Por otra parte, así de engañosos son los juegos del lenguaje, pues en una sola carta se podía deslindar al sujeto real del personaje enmascarado. Al tiempo son más visibles (y risibles) los arrestos de los que con más o menos fortuna presumían de intelectuales, vanguardistas, políticos y casi iluminados. Como el sujeto en cuestión, los miembros de la tribu de adelantados sabían lo que los demás ignorábamos. Le enmendaban la plana al más pintado. Por sus frases de golpe, dirigidas para discriminar y autoencumbrarse, los más populares eran reconocidos y celebrados por sus pares y mi generación. Al que le dio por perseguirme dictaba cátedra sin que nadie lo refutara. Actuaba de padre en tierra de huérfanos. A tono con el estilo de oídas que ha prevalecido en nuestro medio, vivió enganchado al

castrismo/estalinismo. Previsibles, los aguerridos defensores de la izquierda, cuando ésta era una e identificable, ideaban una Latinoamérica aldeana, nacionalista, antiyanqui, asida al rencoryprofundamente machista: simiente de la 4t que al parecer ha conseguido realizar el sueño de sus guías y antecesores. Durante el último tercio del siglo pasado era imposible sustraerse de la intervención de estos papones del comunismo tropical o más bien del socialismo a su manera que campeaba en los corredores universitarios. El caso es que tan larga como reveladora, la misiva trasmutó en llave de la memoria. Sentí la adrenalina barriga arriba al recordar papel y caligrafía. Vi gestos y señas; reconocí palabras e identifiqué una violencia vieja, adherida al “espíritu de la tribu” que se niega a desaparecer porque es el nutriente del resentimiento social que nos domina.

Volví a sentir el ánimo que privaba en el país que fue y que en gran medida sigue siendo, aunque hoy más encolerizado, más abatido, más desalmado e inmerso en ríos de sangre. Me pregunto si aquellos dueños de la verdad que agitaban conciencias habrían contribuido a este furor. Sospecho que el instinto de muerte que campea entre nosotros proviene de aquellos discursos encendidos por la flama de la Guerra Fría que, paradójicamente, se niega a desaparecer.



Cuba siglo XX. Foto archivo

No creo que esta carta encontrada entre las páginas del primer tomo de *Los orígenes del Totalitarismo* fuera accidente del destino.

Quizás necesitaba cerrar círculos y aceptar que no estaba equivocada al abominar de fanatismos e ideologías. Todo hablaba por sí mismo. Su discurso no difería del actual de unas izquierdas cada vez más imprecisas, degradadas e inclinadas a la autocracia. Su perfil también coincidía con el grueso de los defensores de la 4t: no hablaba ni leía más lengua que la propia; criticaba a los mejor formados, seguramente por envidia. Calificaba de “burgueses” a sus enemigos; hoy “fifís”, las clases medias que fueran el sustento del desarrollo con progreso, han sido degradadas a la categoría más baja de los indeseables...

Y todo -lo compruebo ahora- podría preverse y leerse en esa malhadada misiva.

October 25, 2022





Sr. Don Francisco Vera, anciano sacerdote, fusilado en Jalisco por celebrar la Santa Misa. 1927, México. Foto archivo

PUEBLO UNIFORMADO



DAVID MARTÍN DEL CAMPO

Escritor y periodista mexicano; su vasta obra literaria ha sido reconocida con varios premios nacionales, entre ellos recibió el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero en 1986 por *Isla de lobos*.

El himno lo recuerda en su tercera estrofa, “piensa, oh Patria querida, que el Cielo, un soldado en cada hijo te dio”. De ahí el tesón con el que cumplíamos el servicio militar, aún imberbes, ¡paso redoblado... alto, ya! El uniforme caqui (“beige”, se encargaba de subrayar el teniente Montiel, nuestro oficial), y marchar y marchar toda la mañana del sábado, porque las prácticas de tiro con Mosquetón 7.62 mm. quedaron suspendidas a partir del otoño de 1968. Qué remedio.

El papel del ejército en México siempre ha sido una circunstancia peliaguda. En el siglo XIX, una y otra vez, era utilizado para apoyar las asonadas que se iba sucediendo cada dos o tres años, leva de por medio, para apoyar a los gobiernos del pronunciamiento en turno. Todo cambió, sin embargo, con la Revolución de Madero.



Heroico Escuadrón 201. Foto archivo

El levantamiento nacional de 1910 contra la dictadura de don Porfirio fue de apoteosis. Milicias por cientos alzadas a todo lo ancho del país combatiendo al ejército que defendía al viejo autócrata que pretendió modernizar al país con ferrocarriles y despotismo.

Fue el mismo ejército que, durante sus buenos años, formó parte del gobierno, del partido mismo (PRM, PNR), como uno de sus cuatro pilares de sustento; a saber, los sectores campesino, popular, obrero, y militar. La situación varió en 1946, al ser transformado en Revolucionario Institucional, cuando el sector militar abandonó su presencia abiertamente política en las lides del poder. No hay que olvidar, sin embargo, tres actuaciones históricas del ejército mexicano a lo largo del siglo pasado. Primero como fuerza combatiente contra las milicias de la llamada Guerra Cristera, de 1926 a 29, y que costó unos 70 mil muertos en combate, según el especialista Jean Meyer.

La segunda actuación fue en la Segunda Guerra Mundial (en las islas Filipinas) con el envío del Escuadrón 201, que combatió (unos 350 efectivos) a las fuerzas de ocupación a cargo del general Yamashita. La tercera fue su empleo en la represión al movimiento estudiantil de 1968, que culminó con la matanza del 2 de octubre en la plaza de Tlatelolco.

Ahora se le ha otorgado carta abierta en la lucha (que no “guerra”) contra las mafias del crimen apoderadas de un tercio del territorio nacional. Y no va solo el ejército, sino encabezado por la Guardia Nacional –creada en este gobierno– y que ha quedado finalmente adscrita a su gestión. Es de tales dimensiones la actuación de las bandas de sicarios (no vale la pena repetir las estadísticas de horror sumadas día con día) que se ha decidido que la mencionada Guardia, es decir, el ejército uniformado de color claro, tome cartas en el asunto y encabece el combate (no la



Tlatelolco, CDMX, 1968. Foto archivo

derrota) de esas milicias desquiciadas. Es decir, que “se controle” la situación.

La aguerrida estrofa del himno, está por demás recordarlo, fue cantada por Francisco González Bocanegra en 1852, a poco de la derrota sufrida por el ejército mexicano en la intervención norteamericana de 1847-49, cuya derrota nos significó la pérdida de la mitad septentrional del territorio nacional, significativamente California y Texas.

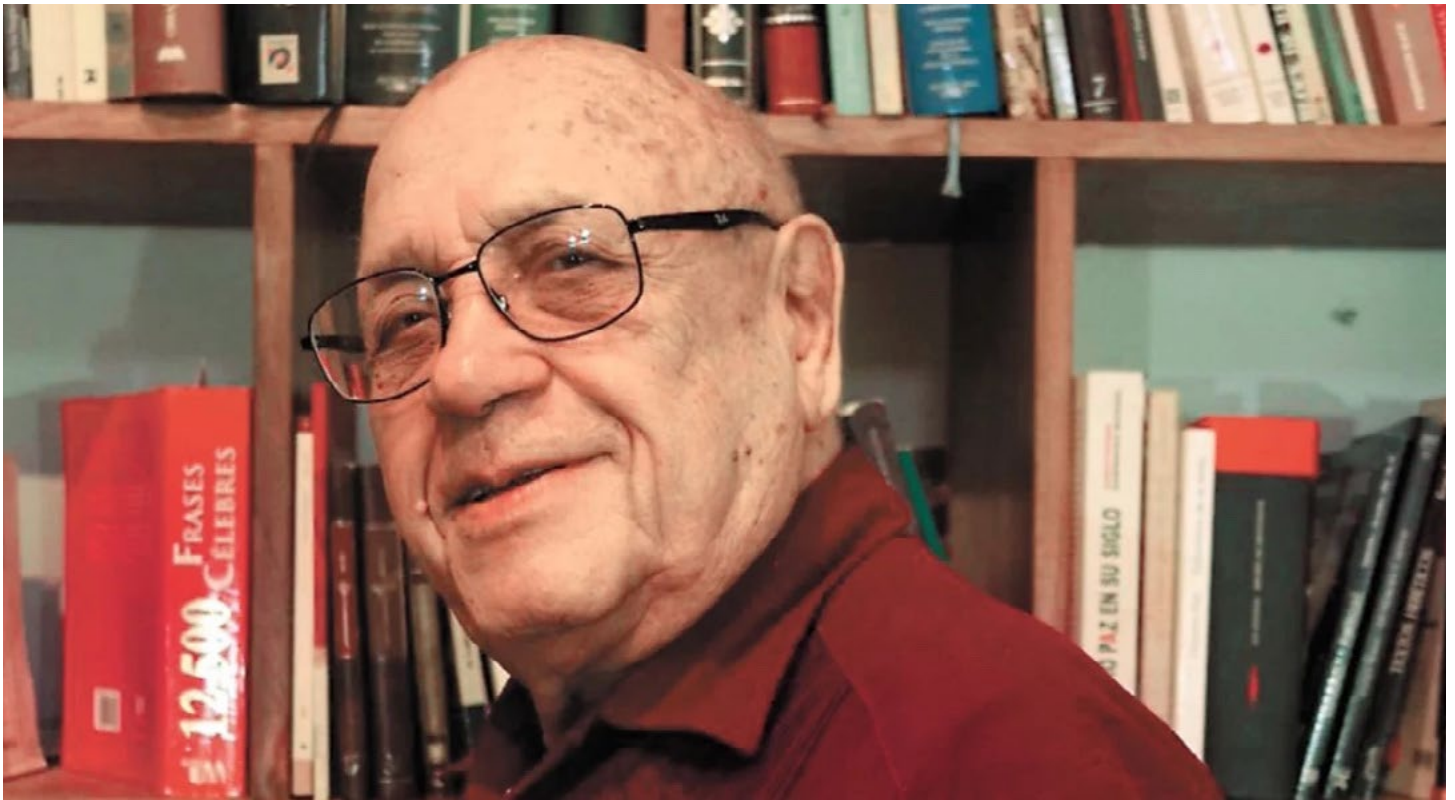
Sí, sí, “Mexicanos al grito de guerra”, a toro pasado, en esa guerra oprobiosa –no muy distinta a la intervención hoy de Rusia en Ucrania– de la cual no se recuerda una sola victoria del ejército nacional.

Todas las lindezas de la lírica se han dicho de nuestros soldados. Que son los “Juanes”, el “pueblo uniformado”, la “herencia de la Revolución Mexicana”. Lo cual está muy bien, porque el problema de fondo, escalando, es que ninguna policía municipal, estatal, nacional, ha podido con el paquete de la contención del crimen (des)organizado que asuela al país. Ahora será el ejército, uniformado como Guardia Nacional, quien se ocupe de ello, a ver, por lo menos hasta 2028. Cosas veredes.

Y desde luego, si el clarín con su bélico acento, habrá que esperar cuando las condiciones ameriten el retorno a los cuarteles.

Mientras tanto, a velar armas.





MIGUEL LÓPEZ AZUARA

EL PERIODISMO EN LA PIEL



ELVIRA GARCÍA

Investigadora para documentales, ha ganado una variedad de premios y escrito varios libros. A lo largo de cuatro décadas ha hecho periodismo desde distintas plataformas: en más de seis diarios y en más de veinte revistas culturales mexicanas. Actualmente colabora con entrevistas en: Revista de la Universidad de México y Revista Este País, y desde 2020 escribe para Cultura en Milenio Diario.

El periodista y funcionario público Miguel López Azuara murió el 29 de septiembre del 2022. Fue longevo: nació en 1934, en Tuxpan, Veracruz. Y su segundo nombre era Melchor, como uno de los tres Reyes Magos, por aquello de llegar al mundo el 6 de enero.

Miguel se fue de este plano del universo con ochenta y ocho años de edad y, quizá, algunos pendientes sobre el escritorio. Pese a su fatigante y movida vida profesional, en sus últimos años, ya retirado, no quiso dejar de aprender; estaba estudiando alemán vía online, y seguía leyendo libros y, sin duda, periódicos nacionales e internacionales.

Una de sus últimas tareas fue escribir sus memorias; no sé si las terminó, pero sí que le hizo caso a nuestro querido colega Carlos



Duayhe quien le envió un cuestionario para que fuese respondiéndolo, sin prisas pero sin pausas.

Un quehacer que concluyó hace unos meses fue el que yo le pedí: el prólogo del libro que recién concluí: Cinco periodistas: Julio Scherer García, Miguel Ángel Granados Chapa, Jacobo Zabłudovsky, Jorge Saldaña y Virgilio Caballero, con quienes charlé largamente; fueron, en casi todos los casos, las últimas entrevistas que concedieron, y me tocó en suerte que fuese conmigo con quien platicaran, poco antes de fallecer.

López Azuara no me lo dijo, pero sé que le emocionó mi manuscrito. Se lo envié y lo leyó con entusiasmo y, casi estoy segura, con nostalgia, pues en ese volumen revivo pasajes de momentos determinantes para la vida del periodismo mexicano y para la de Miguel: la historia de Excélsior, el golpe orquestado por el entonces presidente Luis Echeverría Álvarez y el difícil pero luminoso e impactante nacimiento de la revista Proceso; ambas fueron facetas que López Azuara vivió y protagonizó de muchas maneras solidarias, algunas poco conocidas, pues él no era de presumir cuando ayudaba.

En este mi séptimo libro, hay también una larga entrevista con Miguel, acerca del caso Excélsior y Julio Scherer García. Durante esa plática, encontré al hombre analítico, pero entusiasta que describía los mejores y peores momentos que vivieron en Excélsior, tanto Julio Scherer, como Miguel Ángel Granados Chapa, Vicente Leñero y el propio López Azuara, cuando una madrugada fría del 6 de julio se vieron acorralados por la mentira y la traición que encabezó Regino Díaz Redondo.

Gracias al texto que Miguel estaba cocinando como prólogo a Cinco periodistas, tuve el delicioso pretexto de hablar con él cuando menos una vez a la semana, a lo largo de dos o tres meses de este año. Al concluir la lectura de mi manuscrito, llamó para hacerme algunas observaciones; fue estricto, aparentemente frío, pero claro y preciso. Era, pues, el López Azuara periodista que revivía sus épocas de secretario de redacción, luego subdirector editorial de Excélsior y, más tarde, subdirector de Proceso.

Le marcaba yo por teléfono a su casa de Tuxpan y se me iban las horas escuchándolo revivir mil recuerdos; sólo al final tocaba el tema del dichoso prólogo para mí, el cual envió un día, finalmente. Más tardé yo en leerlo que él en mandarme por email una nueva versión, y así ocurrió hasta en ocho ocasiones; se apenaba por ello, y me ofrecía disculpas. No eran muchos los cambios que hacía a la versión original; en realidad, se trataba de una coma por aquí, un mejor fraseo por allá, un nombre completo acullá. Y yo le decía, gustosa: “Miguel, corrígelo cuantas veces quieras, hasta que quedes satisfecho”.

Cuando se esfumó el pretexto del prólogo, seguí llamándole de tanto en tanto, nomás porque sí, para escuchar alguna historia periodística de ese memorioso Miguel, tan divertido, tan puntual, con tan buen sentido del humor. Ya su hijo, el periodista Enrique López Contla, publicó en estas páginas de Porcierto, una puntual y emotiva crónica acerca de la enorme trayectoria de su señor padre, así que no repetiré datos, sólo daré rienda a algunas estampas.



periodista y se involucró a tal grado en Excélsior que sufrió abandonarlo, como tantos otros que salieron de esa casa el 8 de julio de 1976.

Pero muy pronto iba a nacer la Agencia Informativa CISA, e inmediatamente después, Proceso. Y Miguel se metería de pies a cabeza consiguiendo papel, y muchas herramientas más que, aun hoy, hay gente que no sabe que fue López Azuara quien las consiguió para la agencia y la revista, a través de su gran red nacional de amigos y conocidos de gran peso en el gobierno y en la política mexicana.

Recuerdo que me contó que, siendo muy chamaco, esperaba con ansias los diarios mal llamados nacionales; éstos llegaban una o dos veces por semana, si bien les iba a los tuxpeños. Miguel los esperaba con ansias, y así los leía, o se los bebía. Uno de esos era Excélsior que escudriñaba de cabo a rabo. Ahí aparecían los reportajes de un tal Julio Scherer García, a quien López Azuara leía con avidez y admiración; le fascinaban sus reportajes, por el buen uso del idioma español, y le movieron las ganas de conocerlo. En Tuxpan, Miguel escribía en un medio local, pero un día decidió dar el salto: dejar el terruño y probar suerte en la capital del país, y en Excélsior. Llegaría con su amigo y paisano Eduardo Deschamps, un gran periodista al que México todavía le debe un reconocimiento amplio y, al menos, un homenaje de sus pares.

Al llegar al entonces Distrito Federal, Miguel López Azuara se desató, se descubrió con sangre de

En fin, habría tanto qué contar. Lo triste es que se ha ido mi amigo don Miguel López Azuara; y lo alegre es que hizo escuela: deja su experiencia en decenas de colegas que laboraron a su lado.

Al igual, políticos, funcionarios y periodistas de otros medios tuvieron la fortuna de tratar, charlar, comer y viajar con López Azuara; esas personas también lamentan su fallecimiento. Porque Miguel no sólo fue un excelente colega, también un gran periodista y buen amigo.

Hoy, el espíritu viajero de Miguel López Azuara ha encontrado el mejor vehículo para ir tras nuevos horizontes: el río Tuxpan. Porque así lo decidió, las cenizas de Miguel se han esparcido en ese su río, el que muchas veces cruzó a nado, en la niñez.

<https://porcierto.com.mx/miguel-lopez-azuara-el-periodismo-en-la-piel/>



ARTISTAS PLÁSTICOS DE OCOSINGO



ULAY: EL MAESTRO PINTOR Y LA REBELDIA DEL CORAZON

El maestro Ulay en su taller trabajando en el cuadro Vida ancestral, Ocosingo 2022



SARIEGO VEGA

Con estudios en diseño y comunicación visual ha participado como expositor en el MUMEDI Museo Mexicano del Diseño y como coordinador en eventos culturales y educativos en museos nacionales.

José Domingo Ruiz, “Ulay”, el maestro pintor, que radica en Ocosingo, expresa libremente su sentir a través de la pintura. Nació el 3 de agosto de 1954 en Motozintla, Chiapas, pero es en el municipio antes citado el lugar donde crea su obra, un conjunto de pinturas de óleo sobre lienzo,

El Pintor chiapaneco que, preocupado por la destrucción de la selva, decide con sus pinceles darle voz, a través de las hojas, a la vegetación y al mismo tiempo desea compartir esta propuesta con el público para que de esta manera se concientice en la preservación de nuestros montes, ríos y selvas. En su obra puede notarse el sentir y la inconformidad de la madre naturaleza ante la destrucción del hombre. Ulay presenta una serie de trabajos que exponen las necesidades

del ecosistema y que explica así “En todas mis obras aparece en un primer instante la imagen de la gota de agua que para mí es la dadora de vida y en un segundo momento la figura del jaguar que es quien protege la naturaleza. La naturaleza nos habla, sin embargo la humanidad no la escucha.”

SIMPLEMENTE H O J A S

La metamorfosis de las hojas es una serie de pinturas de orden naturalista que Ulay compuso con un estilo surrealista utilizando los variados contornos de las hojas. En su visión el artista utiliza la figura retórica y humaniza; hojaniza, creando seres inteligentes con el propósito de hacer un triple planteamiento:

El primero, remarca la importancia de ser visto y ser escuchado. La obra cree en el poder de hablar, permite que el cuadro hable al espectador y lo encara delicadamente para expresarle su verdad. Una verdad oculta por los enigmáticos seres



Pintura al óleo "El guardián del maíz"



Pintura al óleo sin título



El Cristo de las Hojas, cuadro al oleo

que en ella habitan y comienzan a interactuar con los sujetos de la contemplación. En segundo término, el mensaje hace una advertencia: La humanidad desaparecerá a causa de la destrucción que el hombre hace del mundo, pero este clamor de la naturaleza simplemente parece no importar en nada.

Y como último, a persona frente a la obra ha sido cuestionada por los hojanizados y este adquiere clara conciencia de que el agua es dadora de vida y corre por las venas de la tierra.

Pero en su ignorancia el ser humano corta las venas de la naturaleza y la deja sin vida. Sigue desperdiciando el agua, continúa cortando árboles y asesinando a los animales con el afán de usar la materia prima que esta le provee para seguir produciendo tecnologías que le hacen muy cómodo su diario vivir. ¿Cómo podría la tierra continuar dando vida si está muriendo? Como símbolos que encontramos en la metamorfosis de las



Mujer de Hojas, técnica al oleo

hojas, estas adoptan formas humanas de hombres, mujeres y niños, en ello la figura del varón representa la humanidad y la figura de la mujer encarna a la tierra, la madre naturaleza que protege en su regazo a su hijo amado y lo que representa el agua, la vida que corre en las venas de la madre, es el hijo o el fruto de la tierra y que afecta directamente al hombre.



Regreso a casa, cuadro al oleo

Razón demás para afirmar que el agua es la sangre de la tierra, el cristo espiritual, que no admite nunca más la destrucción.



Paisaje, Río. karate, técnica oleo





UNA APARICIÓN EN DÍA DE MUERTOS

Fotomontaje por J.C. DE LA CRUZ



J. C. DE LA CRUZ

Profesor, investigador y promotor cultural. Ha publicado libros de historia y cuentos, así como poemas, artículos y ensayos en revistas nacionales y del extranjero. Asesor en el Comité para obtener la declaratoria de Centro Histórico de la ciudad de Jalpa de Méndez; y fundador del proyecto de restauración digital del acervo fotográfico de Palenque, Chiapas, con la página de Facebook Palenque: Memoria A Color.

A la tía Marcela se le apareció un ánima la noche de un Día de Muertos, allá por los años sesenta, cuando todavía en Palenque y sus comunidades se celebraba esta tradición con más fervor y difusión que ahora.

Tamales y dulces se elaboraban en las casas para repartir a los parientes y vecinos que asistían al rosario o rezo en memoria de los difuntos. Ya hacia la tarde-noche, después de visitar el camposanto, empezaban estos respetuosos rituales: el rezador o rezadora decía los padrenuestros y los avemarías de acuerdo a los sucesivos misterios, y los presentes hacían coro repitiéndolos con una monotonía que sólo rompía el clásico “salgan, salgan, salgan, ánimas de penas...” Todo esto envuelto en nubes de estoraje y a la luz de las veladoras que iluminaban las imágenes religiosas, y los retratos de los familiares en el altar aderezado para la ocasión: se le colocaban enfrente sus alimentos favoritos en vida, su jícara

de pozol con cacao o pataste, caldo de frijol con puerco o con carne salada, tortillas de maíz con yuca, totopostes, atole, penchiques con shish de chicharrón o frijol, tamales, cigarros (si fumaba), botellas de trago (si tomaba), y por supuesto, shote con momo.

Éste último, valga el comentario, se mantiene aún como herencia culinaria de los antiguos mayas. Consiste en un caldo de pequeños caracoles cónicos (shots) que abundaban en los ríos y arroyos de Palenque. Lleva varios ingredientes, entre los que destaca la hoja de momo, también llamada acuyo o hierba santa, que le da una suave tonalidad verde. El caldo se espesa con masa de nixtamal, y se sirve acompañado con tortillas.

Pero volviendo a lo nuestro: las familias palencanas también acostumbraban intercambiar tamales en este día. Los había de masa colada, de carne guisada de pollo, de maíz nuevo y de frijol tierno. Y entre los vecinos realmente competían para ver quién hacía los más exquisitos.

Los que más disfrutaban eran, desde luego, los pequeños. Y no solo por la abundancia de comida y el hecho de que se suspendían las clases en la escuela. Es que por montones se juntaban y se ponían a jugar, ya fuera a las escondidas o a los encantados.

O simplemente correteaban por aquí y por allá, mientras los mayores estaban en lo suyo. Algo así pasaba cuando a la tía Marcela, entonces una niña, se le apareció esa ánima, y no fue la única que vio aquello en esa escalofriante noche. Cuenta ella que un Día de Muertos, allá por



1961 o 1962, se les ocurrió ponerse a jugar con otros amiguitos que llegaron al último rezo que hicieron en su casa. Y digo “se les ocurrió”, porque ahí también estuvieron sus hermanitos. Ella era la mayor y vivían allá por el río Nututún, antes de que construyeran la carretera, cerca del rancho de la Sra. Brillante Radme, que ahora es un balneario y hotel.

Vivían en una casita de esas típicas de tablas y lámina. De hecho, todas las casas de por el rumbo eran iguales, de lámina y tablas. Y todos los niños con los que normalmente se juntaban, tenían como diez años más o menos, incluyendo a sus hermanos, cuando aquello sucedió.

Era una noche fresca de luna llena, y los alrededores se veían iluminados con una luz tranquila y lechosa. Todavía no se usaban los focos, sino que se alumbraban con quinqué o candil. Y mientras los adultos estaban en el rezo, ellos se reunieron y se pusieron a jugar a los encantados en el patio de la casa. Era un patio grande y limpio, con grama bajita que hasta podía uno acostarse cómodamente. También había varios árboles: un mango, naranjas, un nance, ciruelas, guanábanas y una almendra. Al oír el barullo que armaban salió don Pablo, su



puso a ladrar, furioso. Todos voltearon a ver y entonces notaron que detrás de los árboles se asomaban unos niños desconocidos, como quince o veinte, y que los miraban fijamente, pero inexpresivos. Y pasó algo más feo: de repente, salieron de sus “escondites”, y avanzaron como si se deslizaran por el aire, con sus blancas túnicas vaporosas brillando a la luz de la luna, y sin quitarles el ojo de encima.

papá, a decirles: “chamacos, mejor métanse a la casa, hoy es Día de Muertos y es sagrado”. Claro que a ellos la sugerencia les entró por un oído y les salió por el otro. Y siguieron echando relajo. Iban y venían por el patio, dando las grandes carreras unos atrás de otros. Se carcajaban, se hacían bromas entre ellos. Se subían a los árboles. Y así estuvieron, alegremente, olvidando que había rezo y que era 2 de noviembre.

Entonces, cuenta la tía Marcela, mientras jugaban a las escondidas, a ella se le ocurrió irse atrás de un arbusto que había por ahí. Y allí estaba, esperando a que la encontrarán, cuando de repente sintió que le tocaron el hombro. Ella que voltea y ve a un niño pálido, como de su estatura. A preguntarle iba que si quién era, pues no lo conocía, y en eso notó que vestía una especie de túnica blanca y parecía que flotaba. Sintió ella un escalofrío.

Salió corriendo lo más rápido que pudo, y ya enfrente de la casa vio a sus otros amiguitos que igual venían a la carrera, todos con cara de espantados. Se detuvieron un momento para tomar aire, pero de repente, el perro que estaba en el corredor se

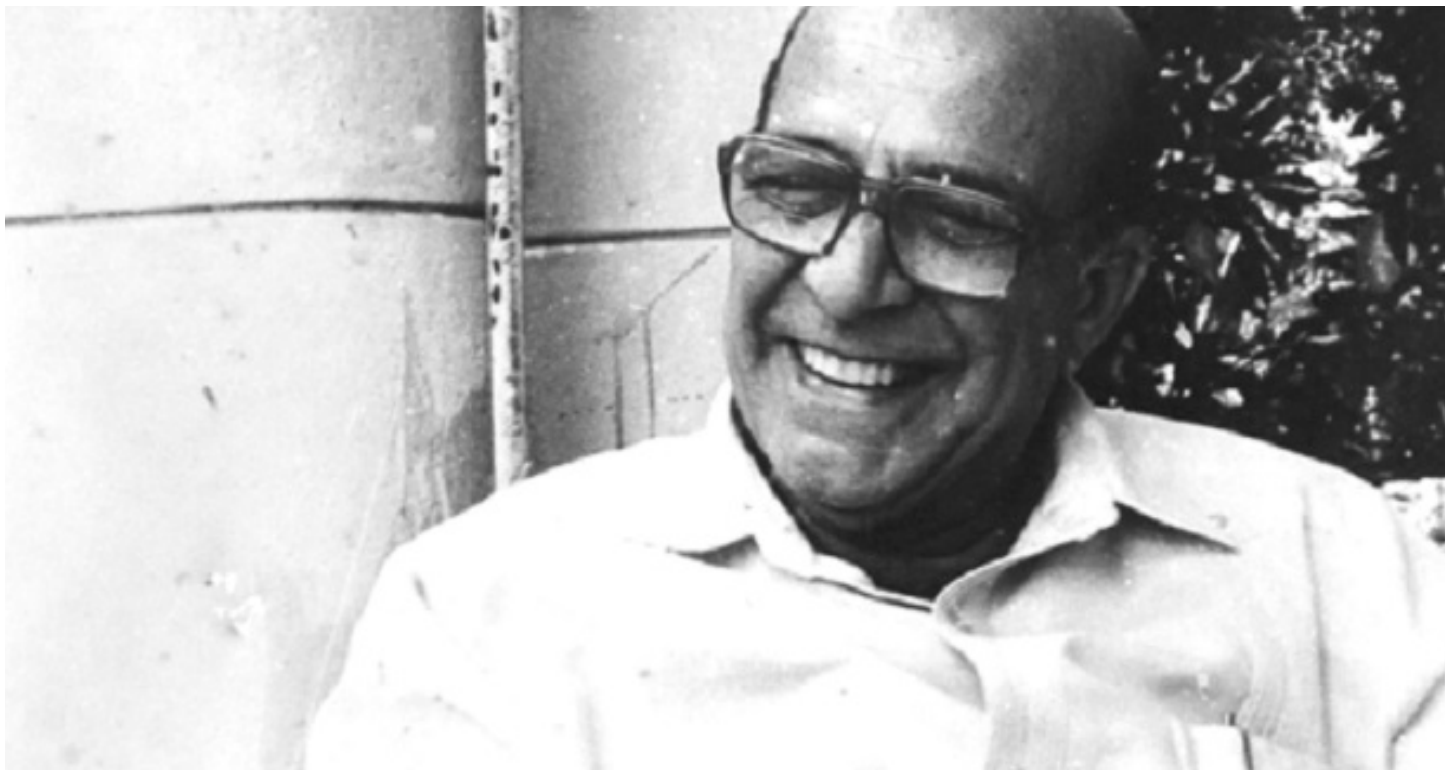
Claro que al ver que se acercaban, Marcela y los demás corrieron aterrorizados. Y se metieron a la casa, en tropel, unos llorando, otros dando de gritos, justo cuando el rezo terminaba.

Ella pasó de largo hasta su cuarto y no se acuerda cómo es que acabó metida bajo su cama, junto con sus hermanos, todos temblorosos y con los ojos llorosos de tanto miedo. De allá los fue a sacar don Pablo, quien les preguntó qué había sucedido. Y cuando por fin Marcela se calmó y le regresó la voz, le contó lo que habían visto. Él entonces les dijo que lo siguieran, y los llevó a la entrada de la casa.

Allá, ante los demás pequeños y sus padres, que no entendían o no creían la situación, y mostrándoles que el patio estaba vacío, don Pablo les habló con tono calmado: “¿se acuerdan que se los dije? Esta fecha no es para andar jugando de noche, porque es la fecha en la que salen las ánimas”.

Claro que ella y sus hermanos y los demás niños lo entendieron. Y nunca más salieron a jugar en la noche del Día de Muertos.





ONELIO JORGE CARDOSO

FRANCISCA Y LA MUERTE



ALFONSO NAVER

Fundador del periódico “Antena” del Oriente de Michoacán, columnista en “Diario Amanecer” del Estado de México, cofundador de la revista “Vasos Comunicantes” en la Ciudad de México.

Nació en Calabazar de Sagua, Cuba, el 14 de mayo de 1914 y falleció en La Habana, el 29 de mayo de 1986. Conocido como “El cuentero mayor”, se le considera el Cuentista Nacional Cubano. La mayoría de sus obras han sido adaptadas para el cine, el teatro, la televisión y la radio.

FRANCISCA Y LA MUERTE

—Santos y buenos días —dijo la muerte, y ninguno de los presentes la pudo reconocer.

¡Claro!, venía la parca con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla en el bolsillo.

—Si no molesto —dijo—, quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

—Pues mire —le respondieron, y asomándose a la puerta, un hombre señaló con su dedo rudo de labrador:

Allá por los matorrales que bate el viento, ¿ve? hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

“Cumplida está” pensó la muerte, y dando las gracias echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz.

Andando pues, miró la muerte la hora y vio que eran las siete de la mañana.



Para la una y cuarto, pasado el meridiano, estaba en su lista cumplida ya la señora Francisca. “Menos mal, poco trabajo; un solo caso”, se dijo satisfecha de no fatigarse la muerte y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado de romerillo y rocío.

Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos no hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo tierra sin salir al sol. Los retoños de la ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Los cañaverales no tenían una sola hoja amarilla; verde era todo, desde el suelo al aire, y un olor a vida subía de las flores.

Natural que la muerte se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nidos, ni tanta abeja con su flor. Pero ¿qué hacerse?; estaba la muerte de paso por aquí, sin ser su reino.

Así pues, echó y echó a andar la muerte por los caminos hasta llegar a casa de Francisca.

—Por favor, con Panchita

—dijo adúlona la muerte.

—Abuela salió temprano

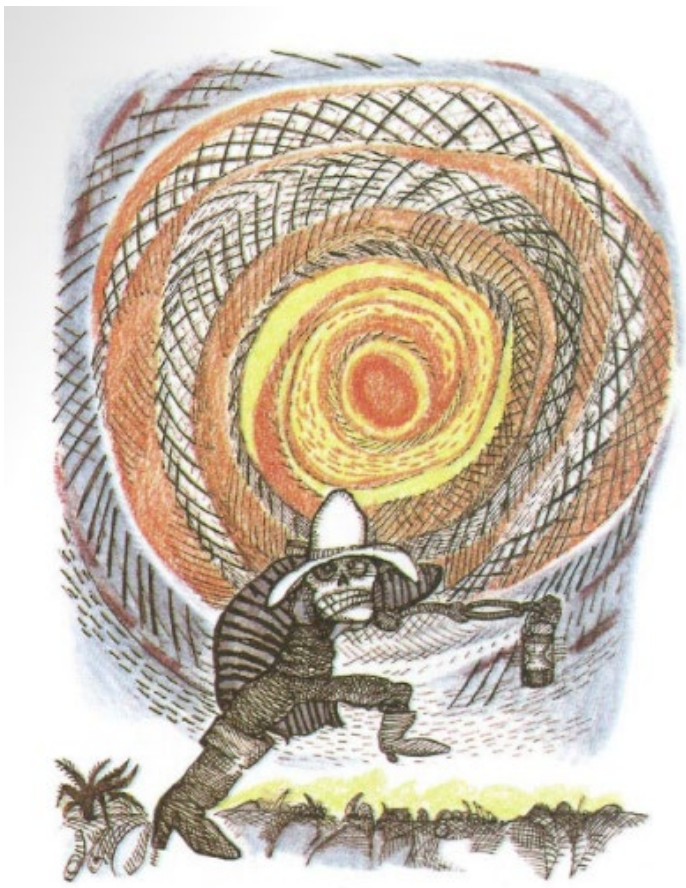
—contestó una nieta de oro, un poco temerosa, aunque la parca seguía con su trenza bajo el sombrero y la mano en el bolsillo.

—¿Y a qué hora regresa?

—preguntó la muerte.

—¡Quién lo sabe! —dijo la madre de la niña—. Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Y la muerte se mordió el labio. No era para menos



seguir dando rueda por tanto mundo bonito y ajeno.

—Hace mucho sol. ¿Puedo esperarla aquí?

— Aquí quien viene tiene su casa. Pero puede que ella no regrese hasta el anochecer.

“¡Chin!”, pensó la muerte, “se me irá el tren de las cinco. No; mejor voy a buscarla”. Y levantando su voz, dijo la muerte:

—¿Dónde, de fijo, pudiera encontrarla ahora?

—De madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maíz, sembrando.

—¿Y dónde está el maizal? —preguntó la muerte.

—Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

—Gracias —dijo secamente la muerte y echó a andar de nuevo.

Pero miró todo el extenso campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabió:

“¡Vieja andariega, dónde te habrás metido!”
Escupió y continuó su sendero sin tino.

Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero y la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante:

—Señor, ¿podiera usted decirme dónde está Francisca por estos campos?

—Tiene suerte —dijo el caminante—, media hora lleva en casa de los Noriega. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre.

—Gracias —dijo la muerte como un disparo, y apretó el paso.

Duro y fatigoso era el camino. Además, ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriega:

—Con Francisca, a ver si me hace el favor.

—Ya se marchó.

Imagen de la familia Noriega

—¡Pero , cómo! ¿Así, tan de pronto?

—¿Por qué tan de pronto? —le respondieron—.

Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo.
¿De qué extrañarse?

—Bueno... verá —dijo la muerte turbada—, es que siempre una hace la sobremesa en todo, digo yo.

—Entonces usted no conoce a Francisca.

—Tengo sus señas —dijo burocrática la impía.

— A ver; dígalas —esperó la madre. Y la muerte dijo:

— Pues... con arrugas; desde luego ya son sesenta años...

—¿Y qué más?

—Verá... el pelo blanco... casi ningún diente propio... la nariz, digamos...

—¿Digamos qué?

—Filosa.

—¿Eso es todo?

—Bueno... además de nombre y dos apellidos.

—Pero usted no ha hablado de sus ojos.

—Bien; nublados... sí, nublados han de ser... ahumados por los años.

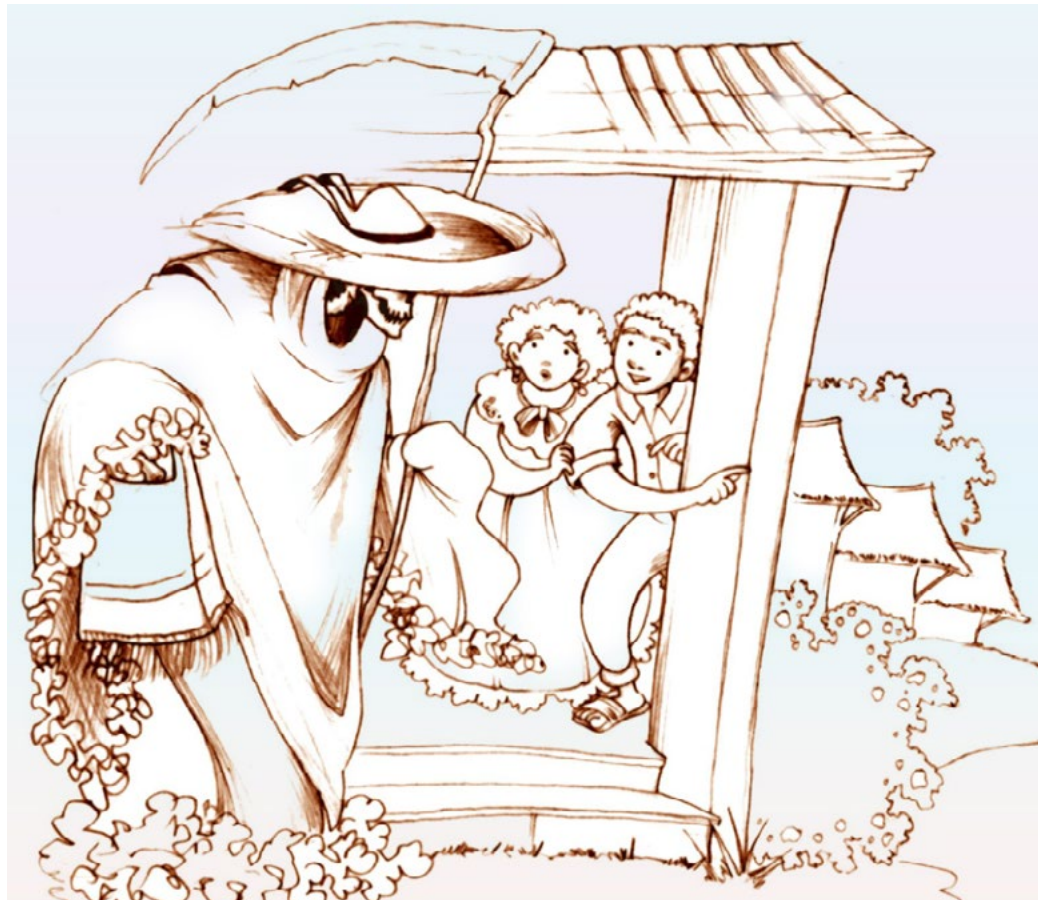
—No, no la conoce —dijo la mujer—.

Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Ésa, a quien usted busca, no es Francisca.

Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, quemado se le asomaba bajo el ala del sombrero.

Anduvo y anduvo. En casa de los González le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pastura para la vaca de los nietos.

Massó lo vio la muerte la pastura recién cortada y nada



de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso.

Entonces la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados, y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:

“¡Dios! ¡Las cuatro y media!
¡Imposible! ¡Se me va el tren!”

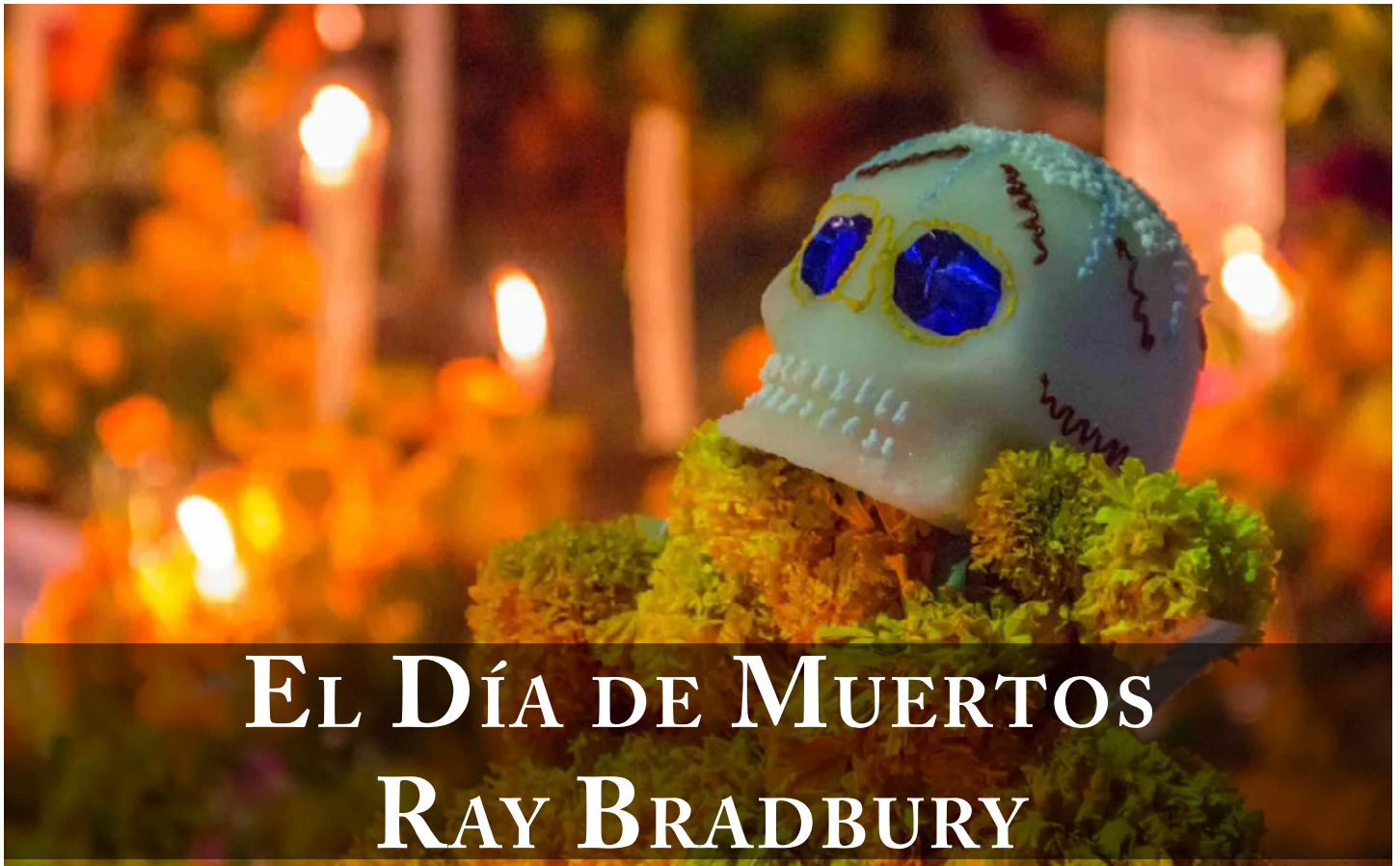
Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.

Mientras, a dos kilómetros de allí, Francisca escardaba de malas hierbas el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le echó a su manera el saludo cariñoso:

—Francisca, ¿cuándo te vas a morir?

Ella se incorporó asomando medio cuerpo sobre las rosas y le devolvió el saludo alegre:

—Nunca —dijo—, siempre hay algo que hacer.



EL DÍA DE MUERTOS

RAY BRADBURY

LA MAÑANA

El chiquillo, Raimundo, cruzó corriendo la Avenida Madero. Corrió a través del temprano olor a incienso que salía de muchas iglesias y a través del olor a carbón de los diez mil desayunos que se estaban cocinando. Se movía en pensamientos de muerte. Porque Ciudad de México tenía el frío de unos pensamientos de muerte en la mañana. Había sombras de iglesias, y siempre mujeres de negro, negro de luto, y el humo de las velas de la iglesia y de las hornallas de carbón le venían en un olor de muerte dulce a la nariz, mientras iba corriendo. Y no le pareció extraño, pues todos los pensamientos eran de muerte ese día.

Era el día de Muertos.

Ese día, en todos los lugares alejados del país, las mujeres se sentaban junto a pequeños puestos de madera y vendían calaveras de azúcar blanco y esqueletos de caramelo que la gente masticaba y tragaba. Y

en todas las iglesias habría servicios, y esa noche en los cementerios se encenderían velas, se bebería mucho vino y unas agudas voces de contrasopranos cantarían a voz en cuello muchas canciones.

Raimundo corría con la impresión de que todo el universo estaba en él, todas las cosas que tío Jorge le había contado, todo lo que él mismo había visto en su vida. Ese día ocurrirían cosas en lugares como Guanajuato y el Lago de Pátzcuaro. Aquí en la gran plaza de toros de Ciudad de México ahora mismo los monosabios rastrillaban y alisaban la arena, se vendían los billetes, y los toros se eliminaban nerviosamente a sí mismos, los ojos miraban, fijos, en los ocultos corrales, esperando la muerte.

En el cementerio de Guanajuato las grandes puertas de hierro se abrían de par en par para que los turistas bajaran por la escalera de hierro en espiral a la tierra profunda y caminaran por las catacumbas secas y resonantes y contemplaran las momias rígidas como muñecos, de pie contra la pared. Ciento diez momias

bien sujetas con alambres a las piedras, las caras de bocas horrorizadas, de ojos resecos, y cuerpos que se descascaraban si alguien llegaba a tocarlos.

En el lago de Pátzcuaro, en la isla de Janitzio, las grandes redes de pescar caían con movimientos de mariposa, recogiendo peces plateados. La isla, con la enorme estatua de piedra del padre Morelos en lo alto, ya había empezado a beber tequila, con lo que así se iniciaba la celebración del Día de Muertos.

En Leñares, un pueblo pequeño, un camión pisó un perro, y no se detuvo para volverse a mirar. Cristo mismo estaba en cada iglesia, cubierto de sangre, en agonía. Y Raimundo atravesó corriendo la Avenida Madero en la luz de noviembre.

¡Ah, dulces terrores! ¡En los escaparates las calaveras de azúcar con nombres en las frentes nevadas: JOSÉ, CARLOTA, RAMONA, LUISA! Todos los nombres en calaveras de chocolate y en huesos acaramelados.

El cielo era como de cerámica azul sobre la cabeza de Raimundo, y la hierba estallaba en llamas verdes cuando pasaba junto a las glorietas. Llevaba cincuenta centavos, en la mano muy apretada, mucho dinero para muchos dulces, pues estaba claro que compraría piernas, muslos y costillas para masticar. El día en que se comía la Muerte. ¡Le mostrarían a la Muerte, ah, sí, le mostrarían! ¡El y la madre— cita, y los hermanos, ay, y las hermanas!

Mentalmente vio una calavera con letras de azúcar: RAIMUNDO. Me compraré mi propia calavera, pensó. Y de esta manera trampearía a la muerte que siempre gotea en la lluvia sobre la ventana, o chilla en el chirrido de la vieja puerta o queda suspendida como una pálida nubecita sobre la orina. Trampear a la Muerte que el tamalero enfermo ha enrollado en tamales, la Muerte envuelta en una mortaja de fina tortilla de maíz.

Mentalmente Raimundo oía al viejo tío Jorge que le hablaba de todo eso. El anciano tío de cara de adobe



que movía los dedos con cada palabrita y decía: — Lleva la muerte en las narices como pelos enroscados, la Muerte te crece en la barriga como un niño, la Muerte te brilla en los párpados como un barniz.

En un puesto desvencijado una vieja de boca amarga y pequeñas cuentas en las orejas vendía funerales en miniatura. Había un pequeño ataúd de cartón y un sacerdote de papel con una Biblia infinitesimal, y monaguillos de papel con pequeños cacahuets como cabeza, y asistentes que sostenían gallardetes y un cadáver de azúcar blanco y minúsculos ojos negros dentro de un minúsculo ataúd, y en el altar, detrás del ataúd, el retrato de una actriz de cine. Esos pequeños funerales se llevaban a casa donde uno tiraba a la basura el retrato de la actriz de cine, y pegaba una fotografía del muerto de uno. Así uno tenía, en su sitio, sobre el altar, otra vez un pequeño funeral del muerto querido.



—Sí, tío Jorge.

—¿Qué quieres tú, Raimundo?

—No sé.

—¿Qué quieren todos los hombres, Raimundo?

—¿Qué?

—¿Qué es lo que hay que querer, Raimundo?

—Tal vez lo sepa. ¡Ah, pero no lo sé, no lo sé!

—Yo sé lo que tú quieres, Raimundo.

—¿Qué?

Raimundo sacó una moneda de veinte centavos.

—Uno —dijo. Y compró un funeral.

Tío Jorge decía:

—La vida es querer cosas, Raimundito. Siempre has de querer cosas en la vida. Querrás frijoles, querrás agua, desearás mujeres, desearás dormir, sobre todo dormir. Querrás un burro, querrás un nuevo tejado para tu casa, querrás bonitos zapatos de los que se ven en el escaparate de la zapatería, y otra vez querrás dormir. Querrás la lluvia, querrás frutos tropicales, querrás buena carne; una vez más desearás dormir.

Buscarás un caballo, buscarás niños, buscarás joyas en las grandes tiendas resplandecientes de la Avenida y, recuerdas, ¿verdad? al final tratarás de dormir. Recuerda, Raimundo, querrás cosas. La vida es querer. Querrás cosas hasta que ya no las quieras, y entonces será el momento de querer dormir y nada más que dormir. Nos llega a todos el momento en que dormir es lo grande y lo hermoso. Y cuando no se quiere más que dormir, se piensa en el día de los Muertos y en los felices durmientes. Acuérdate, Raimundo.

—Yo sé lo que quieren todos los hombres de esta tierra: algo que abunda y es máspreciado que nada, algo que se adora y se desea, pues es el descanso y la paz de los miembros y del cuerpo... Raimundo entró en la tienda y eligió una calavera de azúcar con su nombre.

—Lo tienes en tu mano, Raimundo —susurró el tío Jorge—. Incluso a tu edad la tienes delicadamente y la mordisqueas, la tragas y te la metes en la sangre. ¡En tus manos, Raimundo, mira! La calavera de azúcar.

—¡Ah!

—En la calle veo un perro. Conduzco mi coche. ¿Me detengo? ¿Aflojo el pie en el pedal? ¡No! ¡Más velocidad! ¡Bum! ¡Así! El perro es más feliz, ¿no es cierto? Fuera de este mundo, desaparecido para siempre.

Raimundo pagó y orgullosamente metió los dedos sucios dentro de la calavera de azúcar, poniéndole un cerebro de cinco partes sinuosas. Salió de la tienda y miró la ancha y soleada avenida, con los coches que la atravesaban rugiendo. Entrecerró los ojos y...

Las barreras estaban colmadas. En la sombra y en el sol, los grandes asientos redondos de la plaza de toros estaban atestados hasta el cielo. Estallaron los cobres de la banda. ¡Las puertas se abrieron de par en par! Los toreros, los banderilleros, los picadores, todos venían a pie o a caballo por la arena fresca, lisa a la luz cálida del sol. La banda estallaba y tronaba y la multitud se removía y murmuraba y gritaba.

La música terminó con un golpe de címbalos.

Detrás de la barrera los hombres de trajes ceñidos y centelleantes se ajustaban los birretes sobre el pelo negro y engrasado y se palpaban las capas y las espadas, y hablaban, y un hombre se inclinó por encima de la pared, y movió la cámara y los fotografió. La banda resonó de nuevo orgullosamente. Una puerta se abrió, el primer toro gigante salió disparado, sacudiendo los lomos, con pequeñas cintas flotantes sujetas al pescuezo. ¡El toro! Raimundo corrió, ligero, ligero, por la avenida. Ligero, ligero corrió entre los enormes y veloces coches negros como toros. Un auto gigantesco rugió y le tocó la bocina. Ligero, ligero corría Raimundito. Ligero, ligero corría el banderillero, como una pluma azul que volaba por la arena pocada de la plaza de toros, y el toro se alzaba como un risco negro. El banderillero se detuvo ahora, aplomado, y dio en el suelo con el pie. Se levantaron las banderillas, ah, así. ¡Leve, levemente corrían las zapatillas azules de baile por la arena quieta y el toro corría y el banderillero se empinó levemente en un arco en el aire y los dos palos golpearon y el toro se detuvo en seco, gruñendo-chillando mientras las banderillas se le hundían profundamente en la cruz! Ahora, el banderillero, la causa de ese dolor, se había ido. ¡La multitud rugía!

Las puertas del cementerio de Guanajuato se abrieron de par en par.

Raimundo se quedó petrificado y quieto y el auto se le fue encima. Toda la tierra olía a antigua muerte y a polvo y en todas partes las cosas corrían hacia la muerte o estaban muertas. Los turistas llenaban el cementerio de Guanajuato.



Una enorme puerta de madera se abrió, y todos bajaron por las escaleras de caracol a las catacumbas donde ciento diez muertos encogidos y horribles estaban de pie contra la pared. Los dientes salientes, los ojos abiertos contemplaban los espacios de la nada. Los cuerpos desnudos de las mujeres eran como soportes de alambre con terrones mal pegados. —Los tenemos en las catacumbas porque los parientes no pueden pagar el alquiler de las tumbas —decía en un susurro el menudo guardián.

Al pie de la colina del cementerio, un malabarista, un hombre que balanceaba una cosa sobre la cabeza, una multitud que pasaba por delante del fabricante de ataúdes, siguiendo la música del carpintero, un hombre que tenía la boca orlada de clavos y se inclinaba y golpeaba el ataúd como un tambor. Balanceándolo delicadamente sobre



la orgullosa cabeza oscura, el juglar lleva una caja plateada con forro de satén, que toca ligeramente una y otra vez para mantener el equilibrio. Camina con solemne dignidad, los pies descalzos se le deslizan sobre los guijarros, y detrás de él las mujeres envueltas en rebozos negros saborean mandarinas. Y en la caja, oculto, seguro e invisible, el cuerpecito de la hija del juglar, recién muerta.

La procesión pasa por delante de las tiendas de ataúdes y los golpes en los clavos y el serrucho en las tablas se oyen por toda la tierra. En la catacumba, los muertos de pie esperan la procesión. Raimundo contuvo el cuerpo, como un torero haciendo una verónica, para que el gran coche embistiera y la multitud gritara “¡Ole!” Sonrió.

El auto negro se le fue encima y le empañó la luz de los ojos al tocarlo. La oscuridad le corrió por el cuerpo. Era de noche...

En el cementerio de la isla de Janitzio, bajo la gran estatua oscura del padre Morelos, hay oscuridad, es medianoche. Se oyen las altas voces de los hombres

que se hacen muy agudas con el vino, hombres con voces de mujer, pero no de mujer suave, no, de mujer alta, dura y borracha, rápida, salvaje y melancólica.

En el lago oscuro brillan pequeños fuegos sobre los botes indios que vienen de tierra, trayendo turistas de Ciudad de México para que vean la ceremonia del Día de Muertos, deslizándose sobre el lago oscuro y brumoso, todos protegiéndose del frío, embozados y envueltos. La luz del sol.

Cristo se movió.

Sacó la mano del crucifijo, la levantó, y de pronto... la movió como saludando. El sol caliente brillaba en explosiones de oro desde la alta torre de la iglesia en Guadalajara, y en ráfagas desde el crucifijo alto y oscilante.

Abajo en la calle, si Cristo hubiera mirado con dulces y afectuosos ojos, y así lo hizo en ese momento, hubiera visto dos mil caras vueltas hacia arriba: los espectadores como melones

desparramados en el mercado, otras tantas manos levantadas para proteger los ojos alzados y curiosos. Un vientecito sopló y la cruz de la torre suspiró apenas y se desplazó hacia adelante.

Cristo agitó la mano. Abajo, los del mercado también agitaron la mano. Un gritito se deslizó entre la multitud. El tránsito no se movía en la calle. Eran las once de la mañana de un domingo caluroso y verde. En el aire se sentía el olor del césped recién cortado de la plaza y del incienso que salía por las puertas de las iglesias.

Cristo sacó también la otra mano y la movió saludando y de pronto se despegó de la cruz y se quedó colgando por los pies, con la cara hacia abajo, una medallita de plata cascabeleándole delante de la cara, suspendida del cuello oscuro.

—¡Olé! ¡Olé! —gritó un niño pequeño desde muy abajo, señalándolo y luego señalándose a sí mismo—, ¿Lo ves, lo ves? ¡Es Gómez, mi hermano! ¡Gómez, que es mi hermano! —Y el niño caminó entre la multitud con un sombrero recogiendo monedas.

Movimiento. Raimundo, en la calle, se tapó los ojos y gritó. La oscuridad de nuevo. Los turistas salieron de los botes al sueño de la isla de Janitzio a medianoche. En las oscuras calles las grandes redes colgaban como una bruma del lago, y ríos de pececitos plateados centelleaban en cascadas sobre los terraplenes. La luz de la luna golpeaba el agua como un címbalo golpea a otros címbalos, con una silenciosa reverberación.

En la iglesia destartalada, en lo alto de la empinada colina, hay un Cristo muy carcomido por las termitas, pero la sangre todavía se le coagula en las artísticas heridas y pasarán años antes que los insectos se coman la agonía de esa máscara dolorosa.

Fuera de la iglesia, una mujer de sangre tarasca que le sube y baja por la garganta, sacude unas ramas de campanillas sobre las llamas de seis cirios. Las flores, al pasar como falenas por entre las llamas,



desprenden un suave olor sexual. Los turistas se acercan y se quedan junto a la mujer mirando, tímidos, sin atreverse a preguntarle qué está haciendo allí sentada sobre la tumba de su marido. En la iglesia, como resina que brota de un árbol grande y hermoso, los miembros de Cristo, labrados también en los hermosos miembros de árboles importados, rezuman una dulce y sagrada resina en pequeñas gotas de lluvia que cuelgan pero nunca caen, sangre que es un ornamento de la desnudez.

—¡Olé! —rugía la multitud.

Brillante luz solar otra vez. Una presión en el cuerpo caído de Raimundo. ¡El auto, la luz, el dolor! El picador agujoneó el caballo, cubierto de espesos acolchados, y pateó al toro en el lomo con la bota, a la vez lo traspasó con la larga pica y el clavo en la punta. El picador se retiró. Sonó la música. El matador avanzó lentamente.

El toro estaba detenido adelantando una pata en el centro de la plaza inundada de sol y los nervios le apretaban las entrañas. Tenía en los ojos una



mirada triste, y el lustre hipnótico del miedo y el odio. Evacuó nerviosamente, nerviosamente hasta quedar estriado y sucio. La materia verdosa le salía palpitando de las tripas y la sangre le salía palpitando del lomo acuchillado y el manojo de seis banderillas le repiqueteaba sobre el espinazo.

El torero se toma tiempo para acomodar la capa roja de la espada, muy lentamente, mientras la multitud y el toro palpitante lo esperan.

El toro no ve nada, no sabe nada. El toro no desea ver esto o aquello. El mundo es dolor y sombras y luz y fatiga. El toro está ahí solo para que lo despachen. Llegará el final de la confusión, las formas que corren, las capas traidoras, los movimientos mentirosos y las falsas apariencias.

El toro planta las patas titubeando y allí se queda, moviendo lentamente la cabeza hacia atrás y hacia adelante, y los ojos le brillan y los excrementos que aún no han caído se escurren por los flancos, la sangre le bombea cansadamente en el pescuezo. En alguna parte, a la luz, en el resplandor, un hombre sostiene una espada brillante. El toro no se mueve. La espada, sostenida por el hombre que sonrío, asesta ahora tres cortas

cuchilladas a la nariz del toro de ojos vacíos, ¡así!
La multitud grita.

El toro recibe los tajos y ni siquiera titubea. La sangre le sale a chorros de las narices cortadas, resoplantes. El torero golpea la arena con el pie.

El toro corre con débil obediencia hacia el enemigo. La espada le atraviesa el pescuezo. El toro cae, con un ruido sordo, agita las patas, calla.

—¡Olé! —grita la multitud.

La banda suelta un final de cobres.

Raimundo sintió el golpe del auto. Hubo veloces intervalos de luz y oscuridad. En el cementerio de Janitzio doscientas velas ardían sobre doscientas tumbas de piedra, los hombres cantaban, los turistas miraban, la niebla se derramaba sobre el lago. ¡En Guanajuato, luz de sol! Pasando por una grieta de las catacumbas, la luz mostraba los ojos castaños de una mujer, la boca abierta en un rictus, los brazos cruzados. Los turistas la tocaban y golpeaban como si fuera un tambor.

—¡Olé! —El torero dio una vuelta por la arena, llevando el pequeño birrete negro en los dedos, alto. Llovía. Monedas, billeteras, zapatos, sombreros. El torero se quedó bajo la lluvia con el minúsculo birrete levantado como un paraguas.

Un hombre corrió con la oreja cortada del toro muerto. El torero tendió la oreja a la multitud. Por donde fuese, la multitud le arrojaba monedas y sombreros. Pero los pulgares apuntaban hacia abajo y aunque los gritos eran alegres, no les gustaba mucho que él se quedara con la oreja. Los pulgares apuntaban hacia abajo. El torero miró hacia atrás, y encogiéndose de hombros, hizo volar por el aire la oreja con un chasquido. La oreja ensangrentada se quedó en la arena, y la multitud, contenta, pues él no se la merecía, vitoreó. Los peones salieron, encadenaron el toro caído al



par de caballos que pateaban y bufaban sonando como terribles sirenas al oler la sangre caliente, y dispararon como explosiones blancas a través de la arena cuando los soltaron, arrastrando, haciendo saltar detrás el toro muerto y caído, dejando un rastro de cuernos en la arena y amuletos de sangre.

Raimundo sintió que la calavera de azúcar le saltaba de los dedos. El funeral armado sobre la tablita de madera le fue arrebatado de la otra mano abierta.

¡Bum! El toro golpeó, rebotó en la barrera mientras los caballos desaparecían en el túnel, entre estridencias y relinchos.

Un hombre corrió a la barrera del señor Villalta, tendiendo a lo alto las banderillas de puntas impregnadas de sangre y carne de toro.

—¡Gracias! —Villalta arrojó un peso y tomó orgullosa— mente las banderillas, con los papelitos anaranjados y azules que se movían en el aire, y se las dio como instrumentos musicales a su mujer, a sus amigos, que fumaban cigarros.

Cristo se movió.

La multitud miraba la cruz bamboleante en la catedral.

¡Cristo se balanceaba sobre las dos manos, con las piernas apuntando al cielo! El chiquillo corría entre la multitud.

—¿Ven a mi hermano? ¡Paguen! ¡Mi hermano! ¡Paguen!

Cristo colgaba ahora por una mano de la cruz tambaleante. Debajo estaba toda la ciudad de Guadalajara, muy dulce y muy quieta en el domingo. Ganaré mucho dinero hoy, pensó. La cruz se tambaleó. La mano se le resbaló. La multitud chilló.

Cristo cayó.

Cristo muere cada hora. Se lo ve en cinceladas posturas, en diez mil agonías, los ojos vueltos hacia arriba, a los polvorientos cielos de diez mil pequeñas iglesias, y siempre hay mucha sangre, ah, mucha sangre.

—¡Miren! —decía el señor Villalta—. ¡Miren! —
Agitaba las banderillas delante de las caras de sus
amigos, rojas y húmedas.

Rodeado de niños que lo persiguen, lo agarran, el
torero da vueltas de nuevo a la arena bajo la lluvia cada
vez más fuerte de sombreros, corriendo sin detenerse.

Y ahora los botes de los turistas cruzan el lago de
Pátzcuaro pálido como el alba, dejando atrás Janitzio,
las velas apagadas, el cementerio desierto, las flores
caídas, marchitándose. Los botes se detienen y los
turistas pasan a la nueva luz, y en el hotel de tierra
los espera una gran cafetera de plata, burbujeante
de café recién preparado; un débil susurro de vapor,
como la última parte de la niebla del lago, sube en
el aire cálido del comedor del hotel, y hay un buen
ruido de platos que se entrechocan y de cubiertos
tintineantes y conversación en voz baja, y leves
parpadeos y más tazas de café en sueños que ya
han empezado antes de la almohada. Las puertas
se cierran. Los turistas duermen sobre almohadas
húmedas de niebla, en sábanas húmedas de niebla,
como sudarios manchados de barro. El olor del
café es tan penetrante como la piel de la tarasca.
En Guanajuato las puertas se cierran, las rígidas
figuras de pesadilla cambian de posición. La escalera
de caracol sube a la luz cálida de noviembre. Un perro
ladra. Un viento mueve las flores de campanilla,
muertas en las tortas de los monumentos. Los
portones se cierran como un conjuro en la abertura
de la catacumba, ocultando a la gente marchita.

La banda ulula un último grito de triunfo y las
barreras quedan vacías. Afuera, la gente se va
caminando entre hileras de mendigos de ojos
purulentos que cantan con voz muy aguda, y la
huella de sangre del último toro es rastrillada y
borrada y rastrillada y borrada por los hombres
de los rastrillos en la gran plaza en sombras. En la
ducha, un hombre que ese día ha ganado dinero
gracias al torero, le palmea las nalgas húmedas.



Raimundo cayó, Cristo cayó en la luz reverberante. Un
toro acometió, un auto acometió abriendo en el aire
una bóveda de negrura que se cerró con un portazo
atronador y no dijo nada y se durmió. Raimundo
tocó la tierra, Cristo tocó la tierra pero no supo.

El funeral de cartón se hizo pedazos. La
calavera de azúcar se rompió en la alcantarilla
en treinta fragmentos de nieve ciega.

El niño, el Cristo, yacían inmóviles.

El toro nocturno se iba a dar oscuridad a otras
gentes, a enseñarles a dormir a otras gentes.
Ah, decía la multitud.

RAIMUNDO, decían los pedacitos de la
calavera de azúcar esparcidos en la tierra.
La gente corrió y se quedó en silencio. Miraban el sueño.

Y la calavera de azúcar con las letras R, A, I,
M, U, N, D y O se la arrebataron y comieron
unos niños que se disputaban el nombre.





H. AYUNTAMIENTO 2021-2024

PALENQUE

COMPROMISO DE TODOS

JORGE CABRERA AGUILAR TRABAJANDO SIN DISTINCIÓN POLÍTICA EN PALENQUE



Si siguiendo con la voluntad de servirle a los habitantes de Palenque, sin importar la filiación política o religiosa, el presidente de este municipio, Jorge Aguilar Cabrera se reúne de manera constante con líderes sociales para establecer una agenda de colaboración que permita mantener a la administración municipal en el camino de la gobernabilidad y el desarrollo de Palenque, convencido de que la unidad y el acuerdo de voluntades es la mejor alternativa para salir adelante. De sus actividades realizadas en las últimas semanas por el edil palencano destaca la visita del gobernador del Estado, Rutilio Escandón Cadenas, con quien inauguró la infraestructura física educativa de la telesecundaria número 1240 Luis Espinoza López del ejido El Jibarito, con lo cual se manifiesta que la educación de niñas, niños y jóvenes es una prioridad para el gobierno. Sobre el tema educativo, en el Ejido Arimatea, Cabrera Aguilar inauguró la cancha y domo para cumplir con una obra para beneficio a la comunidad estudiantil, que ahora tiene un espacio digno para sus actividades educativas, sociales y culturales.

¡A PROVECHA!

100% DE DESCUENTO

EN RECARGOS Y GASTOS DE EJECUCIÓN
DEL IMPUESTO PREDIAL

DEL AÑO 2018 A 2022

**14 DE NOVIEMBRE AL
20 DE DICIEMBRE DE 2022**

HORARIO 9:00 A.M. A 3:00 P.M.
LUNES A VIERNES 6:00 P.M. A 8:00 P.M.

Acude a la coordinación de Ingresos Municipal
en la explanada del Parque Central.



H. AYUNTAMIENTO 2021-2024

PALLENQUE

COMPROMISO DE TODOS

JORGE CABRERA ASISTE A REUNIONES SOBRE SEGURIDAD



En el rubro de seguridad, el presidente de Palenque asistió a Tuxtla Gutiérrez a la reunión de fortalecimiento a las instituciones de seguridad y justicia, para la construcción de la Paz, mediante el fondo de aportaciones 2022. De igual manera estuvo presente en la Quinta Sesión Ordinaria del Consejo Intermunicipal de Seguridad Pública, que se llevó a cabo en Sitalá, con el compromiso de seguir trabajando en materia de Seguridad Pública y en la Prevención del Delito. Para Jorge Cabrera la colaboración entre municipios, conlleva a una mejor estrategia de seguridad, por ello reafirmó su total colaboración para sumar esfuerzos en favor de la paz y estabilidad social de la región. En esta reunión estuvieron sus homólogos de Yajalón, Chilón, Tila, Tumbalá, Sabanilla, Catazajá, Ocosingo, Altamirano, Benemérito de las Américas, Marqués de Comillas y el anfitrión, Sitalá.

EL SISTEMA DE AGUA POTABLE Y ALCANTARILLADO MUNICIPAL (SAPAM) TE INVITA A REALIZAR EL

**PAGO ANUAL
ANTICIPADO
2023**

15%
DESCUENTO

DEL 15 DE NOVIEMBRE
AL 31 DE DICIEMBRE 2022

10%
DESCUENTO

ENERO 2023

50%
DESCUENTO
INAPAM

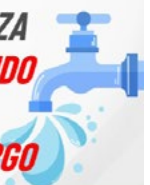
5%
DESCUENTO

FEBRERO 2023

**USUARIOS
CON ADEUDOS
ATRASADOS**



**REGULARIZA
TU ADEUDO
PAGANDO
SIN RECARGO**



PALLENQUE
COMPROMISO DE TODOS

